

Pettinà, Vanni. Historia mínima de la Guerra Fría en América Latina. Colección Historias mínimas. Ciudad de México: El Colegio de México, 2018.

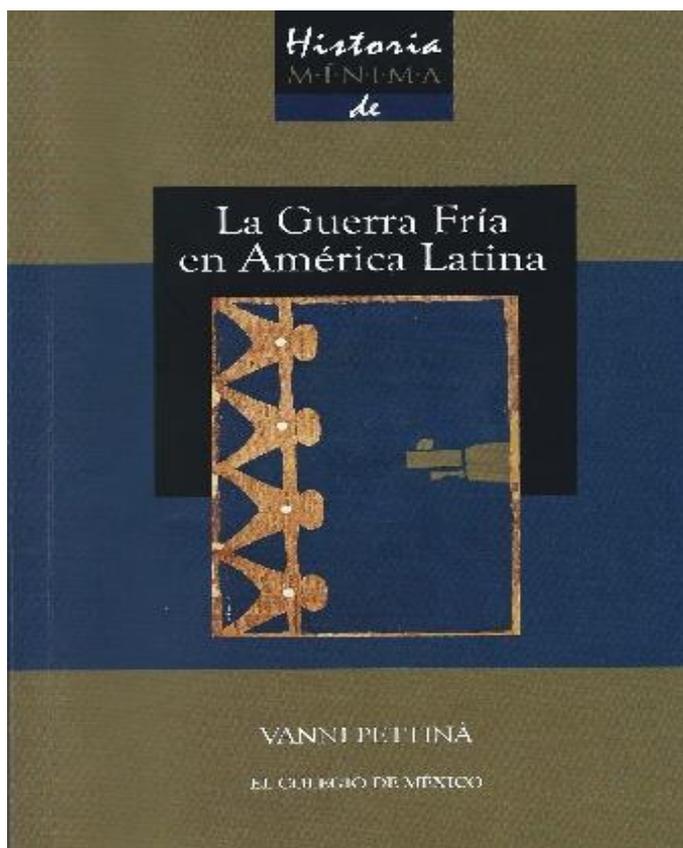
Enrique Arredondo González

Universidad Nacional Autónoma de México, México

Lic. En Historia

8.º semestre

enriquearre_21@hotmail.com



Comprender el presente de Latinoamérica requiere un estudio sistemático del pasado contemporáneo; ejercer el *presentismo* para analizarla produce una miopía que impide el entendimiento cabal de su realidad y la concerniente propuesta de soluciones a sus problemáticas. Previniendo esta situación, Vanni Pettinà propone una *Historia mínima de la Guerra Fría en América Latina*, en donde explica parte de la reconfiguración geopolítica y la praxis autónoma

del poder en la región a lo largo de la segunda mitad del siglo XX.

El discurso historiográfico por evaluar tiene como base a los conceptos de «Autonomía» y «Guerra Fría». Con relación al primero de ellos, se divulga la idea de que los países latinoamericanos ejercieron la libertad necesaria para tomar las decisiones adecuadas para impedir la instauración del socialismo o reprimir las luchas por la liberación nacional. Tesis contraria a las exégesis en donde se considera a los Estados Unidos (EU) como el decisor omnipresente en la agenda política del subcontinente. Por lo



tanto, esta nueva propuesta devela una cooperación igualitaria entre las administraciones norteamericanas y la burguesía del tercer mundo. De manera simultánea, se plantea la existencia de la cooperación autónoma entre los grupos guerrilleros, los cuales tuvieron como eje articulador a la Revolución cubana; hipótesis contraria al supuesto que indica una hegemonía por parte de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) en la planeación y financiamiento de movimientos revolucionarios al interior de la región.

Respecto al tópico de «Guerra Fría», se reafirma su validez como modélica de interpretación de los acontecimientos suscitados entre 1947 y 1991. Retomando la definición clásica, el historiador afirma que el conflicto acaeció entre la Casa Blanca y el Kremlin en los rubros político, económico y armamentista, con el objetivo de imponer al mundo sus respectivas apreciaciones de la Modernidad. Tal conceptualización es aplicada análogamente para explicar los procesos en donde la derecha latinoamericana pugna por conservar a la estructura capitalista dependiente y la izquierda pretendió modificar a este *statu quo* mediante métodos políticos y armados.

Las tesis enunciadas en el párrafo anterior son contextualizadas en la “Primera Parte. Reflexionar la Guerra Fría en América Latina” carece de sentido si no se construye un estado de la cuestión; en consecuencia, se apela a este recurso para explicitar las peculiaridades de las investigaciones publicadas a lo largo de 50 años. Siendo así, se evalúa a los trabajos pioneros en donde se han analizado las contiendas políticas, económicas y armamentistas entabladas por las superpotencias, los cuales, diseminaron el sustrato necesario para la construcción de futuras indagaciones que incorporarían a nuevos participantes. De aquellos antecedentes surgió la Nueva Historia de la Guerra Fría, parcela en donde el tercer mundo cogió protagonismo y a partir de la cual se explican las repercusiones de la conflagración bipolar en Asia, África y América. Respecto a la historiografía de este último continente, el autor indica la siguiente subdivisión: en un lado, se hayan los libros tradicionales que enfatizan la injerencia política e intervencionismo militar estadounidense en los asuntos de la región; y en otra parte, están los textos que reafirman el autogobierno de los países periféricos en la toma de decisiones políticas y castrenses en el combate contrainsurgente. Una vez caracterizadas las corrientes historiográficas, Pettinà manifiesta la adscripción de su obra al sector autonomista.

Así las cosas, este posicionamiento es propugnado asiduamente desde la “Segunda Parte. América Latina y la Guerra Fría temprana, 1946-1954: las tensiones político-



económicas y sus resultados”, es el encabezado de la sección destinada a describir el ambiente internacional que imperó a consecuencia de la política de “buena vecindad”, promovida por los gobiernos norteamericanos desde 1933, en la cual diversas naciones periféricas desarrollaron sus sistemas económicos, políticos y sociales a partir del autogobierno. Esta situación alcanzó su caducidad hasta la ratificación del Plan Marshall en 1947, porque a partir de este momento las administraciones estadounidenses, apelando a la Doctrina de Seguridad Hemisférica, procedieron con una política internacional ofensiva para salvaguardar la estabilidad de su esfera de influencia. Para ejemplificar este cambio de rumbo, el investigador reconstruye el golpe militar ejecutado en contra del gobierno de Jacobo Árbenz en Guatemala en 1954, acontecimiento en el cual se ilustra la capacidad de coordinación entre Washington y la oligarquía guatemalteca y, de forma simultánea, reitera el agotamiento de la “primavera democrática”.

Al finalizar la política de “buena vecindad”, los gobiernos latinoamericanos reenfocaron su praxis del poder hacia la defensa del *statu quo* teniendo por bandera a la Doctrina de Seguridad Nacional (DSN). Asimismo, ya en la década de 1960, la Revolución cubana, en tanto fenómeno político-ideológico, aglutinó a la extrema izquierda y avivó en ella el ideal de derrocar a la hegemonía estadounidense. Lo anterior se conoce a través del capítulo intitulado, “[...] La Revolución cubana: punto de inflexión en América Latina”, espacio en donde se esboza y caracteriza la colaboración entre las facciones referidas, tal y como se muestra en los siguientes incisos: 1) posterior a la victoria del M-26 de julio, el gobierno cubano inició la exportación de la revolución con el propósito de erradicar al paradigma capitalista. Táctica catalogada como un ejercicio autónomo, porque a pesar de las relaciones bilaterales establecidas con el Kremlin, Cuba no mostró adhesión total a éste; libertad política que le abrió la oportunidad de tejer auténticas redes de apoyo con agrupaciones guerrilleras por más de dos décadas. 2) En respuesta a los embates revolucionarios, EU y los conservadores periféricos cerraron filas. Tal cooperación no extinguió su capacidad autónoma de éstos, porque en garantía se exigió la ejecución efectiva de la DSN. Requisito satisfecho expeditamente a través de la validación al bloqueo económico-político impuesto a Cuba y con su participación en los futuros golpes de Estado. Ante este panorama geopolítico, el académico concluye opinando que la DSN y la internacionalización de la revolución fueron proyectos que trastornaron a las relaciones internacionales, modificaron las formas de detentar el poder y determinaron el incremento de la violencia en los años setenta y ochenta.



La praxis sistemática del proyecto revolucionario y de la DSN propició una serie de acontecimientos sin precedentes, los cuales son descritos y explicados en la “Cuarta parte. La década del terror” es el calificativo que designa al decenio de 1970 a causa del exacerbado empleo de la violencia. La responsabilidad recae en los sectores hegemónicos y la oposición radical. La culpabilidad concerniente es asignada por el historiador de la siguiente manera: la primera posición corresponde a las oligarquías latinoamericanas, porque a raíz de su cooperación con la CIA, la OEA, la CEPAL o la Escuela de las Américas, aquellas se granjearon apoyos de diversa índole para empoderar a los ejércitos y obtener el control de sus respectivos Estados. Este *modus operandi* se aprecia nítidamente en los golpes militares en Chile (1973-1990) y Argentina (1976-1983), procesos que develan el trasfondo violento de la DSN y, al mismo tiempo, ejemplifican el aparente ejercicio autónomo del poder por parte de las facciones golpistas.

La segunda posición la ocupa la disidencia revolucionaria. Teniendo como contexto a los procesos enunciados, el investigador reconstruye los vínculos entre Salvador Allende y Fidel Castro, para así comprobar que el primero de ellos se mostró renuente a emplear las armas para defender al socialismo en la nación andina, posicionamiento que originó divergencias entre ellos; sin embargo, también hace manifiesto el autogobierno de los mandatarios en torno a la aplicación de sus respectivos métodos de lucha revolucionaria. En torno al caso argentino, en la narración están insertas someras descripciones de la guerrilla urbana, la aparición de ésta en el discurso no es con la primordial intención de estudiar su activismo, sino el de justificar el visceral anticomunismo de las administraciones castrenses. Desgraciadamente, en la reconstrucción de la responsabilidad concerniente a la izquierda en el empleo de la violencia, se carece de las evidencias suficientes para evaluar su impacto en el conflicto y en las sociedades latinoamericanas. A pesar de este inconveniente, el académico posee los datos necesarios para declarar que el resultado más sobresaliente de todo lo anterior, fue la paulatina militarización de la región, con la cual, posiblemente, también inició la implantación de la doctrina neoliberal.

Después de abordar las coyunturas en el Cono Sur, Pettinà culmina su libro explicando “[...] El conflicto político-militar centroamericano”. Capítulo en donde se alude a la Guerra civil en El Salvador (1980-1992) y a la Revolución nicaragüense (1979-1990) para reconstruir la transformación de los gobiernos dictatoriales hacia administraciones democráticas. Siendo aquel el tema, el discurso historiográfico



comienza por describir las relaciones ríspidas entre Washington y las dictaduras centroamericanas, discrepancias originadas por la negligencia de éstas para organizar una transición de poder que no afectara a los intereses capitalistas.

Esta situación fue aprovechada por el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional y el Frente Sandinista de Liberación Nacional para sentenciar a muerte a las autarquías istmeñas, pero no así al sistema capitalista dependiente. Desafortunadamente, el gran apoyo ideológico, político y armamentista que ambos movimientos recibieron de parte de Cuba, resultó insuficiente, ya que éstos no capitalizaron con la toma del poder a causa de dos hechos: primero, el contrapeso significativo que representaron los Estados Unidos en el combate contrainsurgente; y segundo, por la trascendente intervención diplomática de México, Venezuela y Costa Rica, quienes influyeron en la capitulación de los conflictos al promover la configuración de gobiernos democráticos de corte liberal. Finalmente, a inicios de los noventa, en El Salvador y Nicaragua la democracia vio la luz; sin embargo —el historiador denuncia—, la consolidación de ambos gobiernos resultó insuficiente para la pacificación de Centroamérica.

Como se observa, en la *Historia mínima de la Guerra Fría en América Latina* se presenta una deconstrucción narrativa de las coyunturas suscitadas entre 1947 y 1991 a partir del concepto de «Autonomía». Propuesta a considerar como genuina, porque devela una mayor actividad política y bélica de las oligárquicas latinoamericanas en el combate a la izquierda, sin restar responsabilidad alguna a los Estados Unidos. Asimismo, con esta propuesta se abre una línea de indagación para explicar y evaluar la cooperación internacional entre los movimientos revolucionarios, y así, en un futuro, poder conocer el grado de autogestión existente al interior de ellos. Dicho lo anterior, la obra referida sería un ejemplo de cómo reconstruir una visión multidimensional del ejercicio autónomo del poder en la transformación geopolítica del continente a lo largo de la segunda mitad del siglo XX.

Pasando a la idea de «Guerra Fría», es necesario manifestar la siguiente opinión. Resulta evidente que este tópico es el denominador común de las interpretaciones alojadas en las historiografías latinoamericanas, pero cabe advertir que la correlación entre la teoría y los hechos dista mucho de ser coherente. Este comentario se sostiene por las siguientes razones: I) *La usencia de uno de los colosos en el subcontinente*. El concepto en análisis indica que la disputa acaeció entre Washington y Moscú. Pero se debe mencionar que la Unión Soviética mantuvo una exigua intromisión en la esfera de



influencia estadounidense, porque su prioridad consistió en expandirse por toda Europa y porque no disponía de los recursos financieros para auspiciar a movimientos revolucionarios en otras latitudes. II) *Los participantes de la contienda*. Los actores encargados de trastornar al devenir latinoamericano fueron, por un lado, la facción integrada por Estados Unidos, las instituciones económico-políticas y las elites periféricas, quienes se abocaron a sostener al sistema capitalista dependiente. Por el otro bando, se encontraba Cuba y las agrupaciones guerrilleras cuya pretensión era exterminar a la estructura aludida. Por lo tanto, prudente sería hablar de un conflicto entre el centro y la periferia. III) *La guerra no fue fría*. Se conoce que la pugna entre las superpotencias careció del uso concreto de armamento. Pero ya se ha observado la inexistente correlación entre esta idea y la realidad histórica latinoamericana, porque en la obra analizada reiteradamente se exhibe el desmesurado intercambio de balas entre los sectores hegemónicos y los grupos disidentes. IV) *La imposición de las ideologías*. Reiteradamente se otorga validez a la creencia que refiere que los conservadores impusieron al capitalismo y sus opositores al socialismo. Bastante verosimilitud caracteriza a la primera parte del enunciado anterior; sin embargo, considerar que toda la oposición se empeñó en implantar al proyecto soviético, conlleva a un reduccionismo. Esto se clarifica cuando se analiza sistemáticamente la pluralidad de ideas que fundamentaron a la praxis revolucionaria, las cuales, no sólo provienen del marxismo-leninismo, también derivan de los principios democráticos, nacionalistas, antiimperialistas o de liberación nacional. Ideologías manifiestas en los métodos de lucha o en el ejercicio político, ejemplos claros son la historia del M-26 de Julio, la experiencia del FSLN o del FMLN, sólo por declarar algunos casos. Para concluir con este extenso párrafo, una vez manifiestos los cuatro incisos anteriores, válido es pensar que el tópico de «Guerra Fría» es impertinente para analizar al pasado latinoamericano. Por lo tanto, necesarias son las indagaciones para corroborar la validez de lo arriba expuesto, para así construir conceptualizaciones con mayor coherencia respecto a este objeto de estudio.

Antes de concluir esta reseña se debe reconocer que la *Historia mínima de la Guerra Fría en América Latina* cuenta con un sólido trabajo heurístico, un correcto método de exposición y un acertado uso del lenguaje. Cualidades que hacen a esta obra inteligible ante cualquier público. Igualmente, es importante reconocer que, sin ser un trabajo compendioso, permite a los lectores construir los conocimientos necesarios para comprender la actualidad económica, política y social de los países latinoamericanos.